



Comentario de 7.1-28:

LA VISIÓN DE LAS CUATRO BESTIAS

Cuando pasamos a la segunda mitad del libro de Daniel (capítulos 7—12), dejamos atrás los aspectos más narrativos relacionados con los captores de Israel, y entramos en una serie de visiones que tuvo Daniel. Estas visiones se centran en la historia contemporánea y futura del pueblo de Dios. A Daniel le fue dicho por Gabriel, en 9.23, que él era «muy amado». Era un siervo especial de Dios; en consecuencia, se le dieron visiones, y ayuda especial para interpretarlas.

Las visiones contenían muchas imágenes simbólicas de animales y de números. Tal lenguaje se usa frecuentemente en la literatura apocalíptica, y parece casi característico de esta. Algo que debemos recordar al estudiar esta clase de escritos es que los símbolos pueden tener diferentes significados, dependiendo del uso que se les dé y del contexto en que se encuentren. El hecho de que un símbolo, o un número, represente algo en una situación, no obliga a que signifique lo mismo cada vez que se presente, cualquiera que sea la situación o el contexto.

Daniel estaba inspirado por Dios, y Dios le dio instrucciones en el sentido de escribir. No es razonable creer que Dios le daría a Su pueblo un mensaje escrito sabiendo que no sería entendido.

Con esto en mente, debemos reconocer que nuestro destino eterno no descansa sobre estas profecías. Si bien Dios nos pide que hagamos ciertas cosas, Él no exige un entendimiento total de cada una de las figuras que se usan en Su Palabra. Se reconoce que esta sección es una porción difícil de las Escrituras. No intentaremos examinar a fondo todas las interpretaciones propuestas por los hombres, ni siquiera una mayoría de estas. Más bien, en este estudio, presentaremos una explicación razonable del texto, junto con algunos puntos de vista alternativos. De vez en cuando, veremos la necesidad de desechar un punto de vista que no corresponde al texto.

LA VISIÓN (7.2–15)

La primera visión recogida por Daniel tuvo lugar durante el primer año del reinado de Belsasar (vers.º 1). La visión que se describe aquí ocurrió, por lo tanto, antes de los eventos de los capítulos 5 y 6. Dijo que escribió la visión; y es probable que lo hiciera para beneficio de sus lectores judíos (en vista de que la visión concernía a estos). Era necesario escribirla mientras los eventos todavía estaban frescos en su mente.

En vista de que se nos da una interpretación en la porción posterior del capítulo, no hay razón para hacer conjeturas en cuanto al significado de las diferentes partes de la visión. Esta visión parece tener un paralelo en el sueño de Nabucodonosor que se recoge en Daniel 2. Dando esto por sentado, y tomando en cuenta la interpretación dada a Daniel por quien parece ser un ángel (vers.º 16), examinaremos tanto la visión como su interpretación.

Las bestias

En relación con las bestias, dijo Daniel:

... los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. La primera era como león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre. Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate, devora mucha carne. Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio. Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras

hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas (vers.^{os} 2–8).

Cuando la visión de Daniel comenzaba, «los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar» (vers.^o 2). El número «cuatro» dirige de inmediato nuestra atención a los asuntos del mundo. Tiende a representar el mundo o la naturaleza —la creación natural, o tal vez el mundo de los hombres. No se nos revela la razón por la que Daniel incluyó la expresión «del cielo». Puede que haya estado insinuando que todos los eventos mundiales representados por lo ocurrido en el resto de la visión, fueron causados por Dios.

El «gran mar» parece ser el Mediterráneo. Los israelitas a menudo se refirieron con esta expresión a esa masa de agua (Números 34.6–7; Ezequiel 47.15–20). Es probable que la expresión «combatían en el gran mar» represente agitación, esto es, trastorno, conflicto, guerra —las situaciones necesarias para el cambio de poder entre grandes imperios.

Las cuatro bestias que subían del mar corresponden a las cuatro partes de la estatua del sueño de Nabucodonosor. El hecho de que subieran del mar solamente indica que afectarían al pueblo hebreo. Aun hoy día, el mundo es afectado por los eventos que ocurren en la región que rodea al Mar Mediterráneo.

La primera de estas extrañas bestias era como un león (vers.^o 4a) —salvo que este león tenía alas de águila. Todavía es corriente en muchas culturas que se reconozca al león como el «rey de las bestias», y al águila como la más majestuosa de las aves. En cuanto a la visión de Nabucodonosor, Daniel dijo que él era la «cabeza de oro» (2.38). No hay duda de que en aquel tiempo, Babilonia era la que llenaba los requisitos para ser el más fiero y el más poderoso de los reinos mundiales. Las alas de águila insinúan la rapidez con que Nabucodonosor extendió el Imperio Babilónico y lo hizo dominante.

Mientras Daniel miraba, le fueron arrancadas las alas a la bestia (vers.^o 4b). Tal vez esto sea una referencia al hecho de que muchas de las conquistas de Babilonia fueron detenidas con el tiempo por la rebelión de los medos y de los persas. También, después de Nabucodonosor, el imperio comenzó a desintegrarse internamente.

Después, leemos que esta bestia «fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera

de hombre, y le fue dado corazón de hombre» (vers.^o 4c, d). Hay quienes han insinuado que esta parte de la visión se refiere al restablecimiento de Nabucodonosor después de su período de demencia (4.33–36).

Un argumento en contra de esta interpretación insinúa que, como el período de demencia tuvo lugar antes de la visión de Daniel, la profecía no se referiría a tal evento. No obstante, si la primera bestia representa al Imperio Babilónico, entonces la visión incluía varios eventos que ya habían ocurrido —por ejemplo, el establecimiento del imperio y la rapidez de las conquistas. Por lo tanto, el hecho de que algunas cosas ya se hubieran cumplido en el momento de la visión, no necesariamente las excluye de esta. El restablecimiento de Nabucodonosor es, por lo tanto, un posible significado.

No obstante, hay una interpretación alternativa: A la bestia se le dio «corazón de hombre», en lugar de «corazón de león». Isaías profetizó que los babilonios se volverían cobardes, al decir: «... desfallecerá todo corazón de hombre» (Isaías 13.7). De allí que el lenguaje de la visión se pueda estar refiriendo a la caída y derrota de Babilonia.

También subió del mar una segunda bestia, «semejante a un oso» (vers.^o 5a). El oso corresponde a la imagen visionaria de Nabucodonosor, en la cual el pecho y los brazos eran de plata. En esa parte del mundo, se consideraba que la especie más

grande de oso vivía en los bosques de las montañas de Media. El oso bien pudo haber sido usado para simbolizar a los persas, debido a que estos eran conocidos por su crueldad.

Además, este oso «se alzaba de un costado más que del otro» (vers.^o 5b). ¿Estaba acaso en posición de ataque? Tal vez el significado de la posición sea que una parte (los persas) llegaría a tener mayor dominio en la mezcla de culturas que componían al Imperio Medo-persa.



La primera bestia
(vers.^o 4)



La segunda bestia
(vers.^o 5)

«Tenía en su boca tres costillas» (vers.º 5c). En algunas versiones se lee «colmillos» o «huesos». No se da nada que nos ayude a identificar exactamente lo que representan. Tal vez dejan entrever la conquista de Babilonia, de Lidia y de Egipto (vea 8.4).

«Y le fue dicho: Levántate, devora mucha carne». No sabemos quién habría dado esta orden. Puede que Daniel haya visto ángeles (vea 10.13), pero es algo que no sabemos.

Otra bestia subió del gran mar, una «semejante a un leopardo» (vers.º 6a). Reiterando lo dicho, la bestia corresponde a la siguiente parte de la visión de Nabucodonosor, que la constituyen esta vez el vientre y los muslos de bronce. Es probable que esta imagen se refiera al establecimiento del Imperio Griego.

La bestia semejante a un leopardo tenía «cuatro alas de ave en sus espaldas» (vers.º 6b). Si las alas de la primera criatura simbolizaban rapidez, es



razonable suponer que estas representan la misma idea. Vemos aquí cuatro alas en lugar de dos, lo cual indica tal vez aun mayor rapidez. Fue en poco tiempo que Alejandro Magno conquistó una considerable porción del mundo, desde el sur de Europa hasta la India.

«Tenía también esta bestia cuatro cabezas» (vers.º 6c). Puede ser que el número «cuatro» represente el mundo, insinuando dominio sobre todo el mundo («le fue dado dominio»; vers.º 6), o bien tal referencia puede tener que ver con la subsiguiente división de que fue objeto el imperio de Alejandro por parte de sus cuatro generales, pero no hay certeza de lo uno ni de lo otro. Es razonable considerar esto como una referencia a la división del imperio. Después de la muerte de Alejandro, Casandro gobernó sobre Grecia y Macedonia; Lisímaco sobre Tracia y Bitinia. De interés especial para los judíos, y para el material posterior del libro de Daniel, Tolomeo gobernó sobre Egipto, y Seleuco sobre Siria.

El versículo 6 termina diciendo que «le fue dado dominio». Esta expresión de poder podía referirse a cualesquiera de los reinos mundiales; el dominio se le dio a cada uno de ellos por parte de Dios. Esta verdad es el énfasis que se hace en todo el libro de Daniel (vea 4.17, 25, 32).

Curiosamente, a la «cuarta bestia» (vers.º 7)¹ no se le identifica con animal alguno, como sí se hizo con las otras tres.



En la visión de Nabucodonosor, la cuarta parte de la gran estatua incluía piernas de hierro, y pies de hierro mezclado con barro cocido. A la cuarta bestia de la visión de Daniel se le describe con dientes de hierro. La relación con el hierro en ambas visiones parece vincular a los dos símbolos en la representación de un solo y mismo reino. El cuarto gran imperio mundial, y sucesor de los griegos, fue el Imperio Romano.

La parte que sigue de la visión de Daniel presenta una de las imágenes más difíciles de todo el libro. El final del versículo 7 se refiere a «diez cuernos». El cuerno es un conocido símbolo de poder. Puede que el «diez» sea un número específico (y muchos han tratado de interpretarlo de forma específica); o puede que sea un número simbólico, que representa un número vasto, «ilimitado», un total infinito. Mucho se ha dicho de las diferentes interpretaciones de los números «diez», «ciento», «un millar» y otros diferentes múltiplos de diez; pero la clave está en que son múltiplos de diez.

Luego, en el versículo 8, vemos «otro cuerno pequeño...». En las Escrituras no se nos dice exactamente a *quién* o *qué* representa. ¿Representará a algún poder o rey? Lo que sea que signifique, esta fuerza se opondría al pueblo de Dios, proclamando para sí misma el poder de Dios (vers.ºs 11, 25). El cuerno pequeño había de levantarse después de diez reyes (vers.º 24), y arrancar «tres cuernos». Si esto se refería a un evento concreto, no hemos podido identificarlo con certeza.

Con el paso de los siglos, varias interpretaciones han propuesto que el cuerno pequeño representa al Papado de la Iglesia Católica Romana, con una referencia al establecimiento del Vaticano. Otros han interpretado que el cuerno

¹ El material gráfico de las cuatro bestias es una adaptación tomada de detalles de "Four Symbolic Beasts" («Cuatro bestias simbólicas»), de Franklin Booth, Southern Publishing Association, 1944.

representa al «hombre de pecado» que se menciona en 2ª Tesalonicenses 2.3. Estas interpretaciones son posibilidades, pero en las Escrituras no hay información precisa para identificar este último cuerno.

El resto de las visiones de Daniel (y de la visión de Nabucodonosor) parece centrarse en el «pueblo de Dios». Más concretamente, el enfoque central es en el mismo pueblo hebreo, pero con énfasis en el «reino eterno» que habría de venir (vers.^{os} 9, 27; vea 2.45).

Si los eventos del capítulo 7 de hecho guardan paralelo con los de la visión del capítulo 2, entonces el cuerno pequeño debe de ser un evento que incluya el tiempo del cuarto reino. El cuerno que arranca de raíz a otros tres cuernos puede ser una imagen simbólica, en lugar de ser una que tenga cumplimiento histórico concreto. El número «tres» se usa a menudo como símbolo de cosas celestiales, espirituales (como en el concepto de la Trinidad y en la referencia que hace Pablo al «tercer cielo», en 2ª Corintios 12.2). Puede que el cuerno pequeño estuviera reclamando atributos divinos. «Tenía ojos» (lo que tal vez sea una afirmación de sabiduría) y «hablaba grandes cosas» (glorificación de sí mismo). Al reclamar para sí mismo la autoridad del cielo, este poder corrupto comenzó a perseguir al pueblo de Dios. Tales actos se llevaron a cabo en la historia durante el Imperio Romano.

Puede que haya también un sentido en el cual esta profecía tenga un cumplimiento histórico concreto. Si uno incluye a Julio César, y después comienza a contar, habría diez emperadores romanos: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, luego un triunvirato (Galba, Oto y Vitelio), Vespasiano, Tito y, por último, Domiciano. Domiciano era el que estaba persiguiendo al pueblo de Dios cuando a Juan se le dio la revelación de Jesús en la isla de Patmos. Esa persecución fue causada, en gran parte, por la declaración del Senado Romano en el sentido de que Domiciano era señor, dios y salvador del mundo. Todos los ciudadanos habían de jurar lealtad reconociendo la creencia en la deidad del emperador —un juramento del cual un cristiano fiel jamás podría ser partidario.

El Anciano de días

En el versículo 9 se da un cambio de escena dentro de la visión de Daniel. En los versículos 9 al 12, dijo Daniel:

Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de

fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego. Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo.

El «Anciano de días» llevó a cabo juicio sobre la cuarta bestia, destruyéndola (vers.^{os} 11–12, 26–27). Este es el mismo tema que vemos en Apocalipsis. Un cuadro parecido al del «Anciano de días» se da en Apocalipsis 1.13–15, en relación con el «Hijo del Hombre» (note Daniel 7.13–14).

El versículo 10 menciona «un río de fuego» que procedía de Su trono. En Apocalipsis 22.1, del «agua» del «río [...] de vida» se dice que sale del trono para el beneficio de los salvos. Como ya se dijo, Daniel estaba usando lenguaje simbólico para representar juicio, el cual se identifica constantemente con fuego en las Escrituras (Mateo 3.8–12; 2ª Tesalonicenses 1.8). «Miríadas de miríadas [diez miles de diez miles] estaban delante de él» (vers.^o 10; NASB). En lenguaje simbólico, este número no tiene que ser preciso, sino que es sencillamente un número infinito. (Diez mil multiplicado por diez mil equivale a cien millones, y el autor usó plurales. Esto es, había miríadas de personas.) Cuando todas estas personas estaban delante de Dios, «los libros fueron abiertos» (vers.^o 10). Este es exactamente el lenguaje que se usa para referirse al juicio en Apocalipsis 20.12.

El mensaje de Dios en esta sección puede estarnos hablando acerca del juicio universal al final de los tiempos. Sin embargo, cuando se habla de «juicio», debemos estar dispuestos a pensar en términos de «diferentes» juicios.

1) Nosotros nos juzgamos a nosotros mismos todos los días. Pablo y Bernabé (Hechos 13.46) hablaron acerca de ciertos judíos incrédulos que «[no se juzgaban] dignos» por haber desechado el evangelio de Cristo. Nosotros nos juzgamos a nosotros mismos cuando rehusamos obedecer a Dios.

2) El mundo es juzgado a escala estándar. Pablo hizo una pregunta retórica en 1ª Corintios 6.2: «¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?». Es obvio que este juicio se hace solamente en Cristo y por medio de Él. No obstante, puede ser que los fieles en Cristo, por su sola fidelidad, juzguen a los que no están en Cristo, o a los que habiendo entrado en Él, no han permanecido fieles.

Es fácil que una persona diga que las cosas se le hicieron muy difíciles, o que nadie le ayudó. Cuando tales excusas se presentan, Cristo puede señalar a los fieles y decir: «Ellos lo hicieron. Usted también podía haberlo hecho».

3) Nos juzgamos a nosotros mismos por la totalidad de nuestras vidas. «... Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9.27). Cuando partimos de esta vida, nuestro destino eterno está decidido. O estamos salvos, o estamos perdidos; no hay término medio. En ese momento, nuestro «juicio», en efecto, se habrá realizado, aunque no se hayan producido todavía las sentencias eternas que se darán en el juicio de proporciones universales.

4) No debemos olvidar el gran Día del Juicio. «... Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo» (2ª Corintios 5.10).

Puede que haya más de una manera de interpretar el «juicio» de Daniel 7 con respecto al tiempo. No necesariamente tiene que significar el Día del Juicio Final; podría referirse a un juicio terrenal contra la cuarta bestia.

En referencia a las primeras tres bestias, esto es lo que dice el versículo 12: «Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo». Dios hace lo que hace, a Su tiempo, y a Su manera. Si las cuatro bestias, de hecho, representan cuatro reinos (vers.º 17), entonces fueron vencidas hace mucho tiempo como imperios. Son solo unos artefactos los que quedan de Babilonia; no queda nada del poder que una vez ostentó este gran imperio. Todavía hallamos trazas de influencia cultural de las demás «bestias» también, pero ya dejaron de ser potencias mundiales.

El Hijo del Hombre

En los versículos 13 y 14 se presenta el establecimiento de un nuevo reino:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

El reino que se menciona aquí, o le fue dado al Hijo del Hombre, o el Hijo del Hombre lo cedió al Anciano de Días (dependiendo de quién es el que se indica con la frase «le fue dado» que está al comienzo del versículo 14). Si lo que Daniel vio fue a Cristo dándole el reino a Dios, tenemos

entonces un cuadro parecido al que se describe en 1ª Corintios 15.24: «Luego el fin, cuando [Cristo] entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia». Si el reino le fue dado al Hijo del Hombre, entonces el reino establecido sería paralelo al de la piedra y el subsiguiente monte de la visión de Nabucodonosor.

Note usted que este Hijo del Hombre vino «con las nubes del cielo» (vers.º 13). Las bestias, en cambio, vinieron de abajo; eran terrenales. A diferencia de estas, el reino que se describe aquí, vino de arriba; había de ser un reino celestial.

Después de haber visto todo lo anterior, a Daniel se le «turbó el espíritu»; las visiones le «asombraron» (vers.º 15). Después que se le dio la interpretación, Daniel todavía estaba asustado. En 8.27, Daniel dijo que estuvo «enfermo algunos días».

LA INTERPRETACIÓN DE LA VISIÓN (7.16–27)

Hemos tratado de incluir la interpretación de la visión de Daniel dentro del comentario de la visión en sí. No obstante, hay algunos puntos que no se han examinado todavía, en parte porque no se mencionaron sino hasta en esta interpretación. Daniel se acercó «a uno de los que asistían, y le [preguntó] la verdad acerca de todo [aquello]» (vers.º 16). Fue entonces que se le dio la interpretación:

Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre.

Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia [...] espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros. Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino.

Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo. Pero se sentará el Juez, y le quitarán su

dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán (vers.º 17–27).

Daniel tuvo «deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia» (vers.º 19). Los versículos 19 al 21 tienen un extraordinario parecido con Apocalipsis 13.1–7. (Por cierto que en este cuadro, la cuarta bestia incluía una imagen del leopardo, del oso y del león.)

Si bien en los versículos 23 y 24 se repite la interpretación del versículo 8, en el versículo 25 se añade un nuevo símbolo en la frase «tiempo, y tiempos, y medio tiempo». Este es un lenguaje que lo vemos usado en referencia con la persecución que se menciona en Apocalipsis 11.2–3, 11. También vemos en Apocalipsis las expresiones «cuarenta y dos meses», «mil doscientos sesenta días» y «tres días y medio». Todas estas expresiones equivalen a tres años y medio.²

Al igual que sucede con otras porciones de esta visión, en las cuales no hay referencia bíblica concreta que nos diga exactamente qué es lo que se da a entender, hay una diversidad de posibilidades que podemos considerar. He aquí dos relacionadas con el número «tres y medio».

1) Es un símbolo de un período indefinido de tiempo —no un tiempo infinito (de otro modo, no hay duda de que también aparecerían variaciones que tengan que ver con el «diez»), sino un período inexacto de tiempo. La «guerra contra los santos» (vers.º 21) tendría lugar durante un período no determinado de tiempo.

2) Es un símbolo del mismo conflicto, y no alguna referencia a un período propiamente dicho de tiempo. Hemos visto que el número «tres» representa el ámbito espiritual, y que el número «cuatro» representa el mundo natural (en referencia a las cuatro estaciones, y a los cuatro puntos cardinales —las proverbiales «cuatro esquinas de la tierra»). El número «tres y medio» es, por lo tanto, el punto donde el «tres» y el «cuatro» entran en conflicto. Le falta para llegar a ser «cuatro», pero es más que «tres».

Desde un punto de vista espiritual, el pueblo de Dios siempre está en conflicto con el mundo (vea Santiago 4.4). El Nuevo Testamento hace varias referencias a luchar, a servir como soldado y a competir como atleta (vea Efesios 6.13–17). Esta

«batalla» se seguirá peleando mientras el mundo exista. El pueblo de Dios vencerá (Apocalipsis 2.7; Romanos 8.37), y conoceremos la paz; pero no sabemos cuándo terminará la batalla para todo el pueblo de Dios. Continuará por un período no determinado de tiempo. Puede que el anterior sea el significado de la frase «tiempo, y tiempos, y medio tiempo».

El tiempo cuando se les ponga fin a tales tribulaciones es incierto, pero lo que sí es cierto, es que se les pondrá fin: «Pero se sentará el Juez» (vers.º 26a). Daniel previó un evento que tiene su paralelo en Apocalipsis 19.19–20. Dios jamás ha permitido que se libre una persecución contra Su pueblo sin ponerle límite de tiempo. La permite por un tiempo; pero cuando Su propósito inmediato se cumple, Él trae juicio sobre los perseguidores (tal como lo trajo sobre Babilonia).

El versículo 27 dice: «... el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos». En los versículos 18 y 22 se hace énfasis en la misma verdad: Al final, los santos vencerán los reinos de los hombres. Por supuesto que esto no tiene como propósito ser una referencia a un dominio terrenal (Juan 18.36), sino que es el anuncio de que algún día todos se inclinarán delante de Cristo, reconociéndolo como Rey (vea Filipenses 2.10–13).

Para tener el más claro entendimiento de la soberanía y el dominio que se describen en el versículo 27, consideremos las palabras de Matthew Henry:

Esto insinúa el dominio espiritual de los santos sobre sus propias codicias y corrupciones, sus victorias sobre Satanás y las tentaciones de este, y los triunfos de los mártires sobre la muerte y sus terrores. Del mismo modo promete que se establecerá el reino del evangelio, un reino de luz, santidad y amor. Los santos poseerán el reino hasta *el siglo, eternamente y para siempre*; y la razón se debe a que aquel de quien son los santos es el *Altísimo*, y su reino es *un reino eterno*... Su reino es de ellos.³

El propósito de las visiones de Daniel —de hecho, el propósito de todo el libro— es consolar al pueblo de Dios durante un tiempo de tribulación. Al final, el reino de Dios (el pueblo de Dios) vencerá. La victoria de los santos no vendrá sin sufrimiento, no vendrá sin algunas pérdidas, ¡pero los santos vencerán!

David Rehtin

² Vea el comentario sobre el número «tres y medio» en el artículo «¡Aquí hay dragones!» de la edición «Apocalipsis, núm. 1» de *La Verdad para Hoy*.

³ Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible (Comentario de toda la Biblia)*, ed. Leslie F. Church (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1961), 1095.